

sus ideas filosóficas, entre las cuales la primera consiste en afirmar que lo sobrenatural es imposible. Después, los continuadores de estos investigadores independientes comprendieron que habían ido demasiado lejos. Se dieron cuenta de que en la investigación había que dejar de lado los dogmas, y que mejor que afirmar una imposibilidad y construir una teoría de gabinete, era recoger datos positivos, catalogar documentos, y luego interpretar su lenguaje. Así hizo, por ejemplo, hacia 1930, el arqueólogo Sellin, que, después de haber hecho excavaciones en Palestina, llega a establecer un relato que, aunque no es enteramente el del *Génesis* y el *Exodo*, se parece mucho a él. No duda en admitir la realidad histórica de los patriarcas, su permanencia en Canaán, la emigración de una parte del pueblo de Israel a Egipto, sus rodeos posteriores por las estepas del Sinaí y, al fin, la conquista de la tierra prometida. En definitiva, «si el Antiguo Testamento no es una historia de Israel, nos suministra los datos con los cuales es posible construir dicha historia». Nosotros creemos que lo más sencillo es admitir lo que nos dice el Antiguo Testamento, aun en su elemento milagroso y sobrenatural, y proyectarlo sobre el fondo científico que la arqueología pone a nuestra disposición.

DISCUSIONES EN TORNO A ABRAHAM

La historia de Abraham ha sido particularmente discutida y atacada, pero son tan inconsistentes las teorías inventadas para combatirla y a la vez tan arbitrarias y contradictorias, que ellas mismas nos ofrecen una prueba, aunque sea negativa, de la historicidad del patriarca. Claro que los documentos profanos, numerosos ya por aquel tiempo en la región del Tigris y del Eufrates, guardan el

silencio más absoluto acerca del padre del pueblo hebreo; pero esto no debe extrañarnos, pues las perspectivas bíblicas son muy distintas de las que nos ofrecen los textos cuneiformes. Es como si reprochásemos a los textos romanos del siglo I que hablen tan difusamente de Augusto, y no digan una sola palabra de Jesús de Nazaret. Es un hecho, sin embargo, que todo cuanto se nos dice en el *Génesis* sobre esta época patriarcal está plenamente de acuerdo con el material positivo que nos han revelado las inscripciones, es decir, con la cultura, con las costumbres y con la mentalidad de aquellos pueblos, en que las oleadas semitas de los caldeos habían venido a sobreponerse a las tribus sumerias, creadoras de la primera civilización en las tierras bajas de Mesopotamia. La ciencia ha reconocido la «fidelidad del fondo histórico sobre el cual se levanta la leyenda patriarcal», y no ha tenido inconveniente en admitir la realidad de aquellos personajes a quienes antes había considerado como personificaciones de los linajes que llevaron sus nombres, o como divinidades cananeas degradadas y convertidas en héroes, o como dioses estelares de origen babilónico, en torno a los cuales podría conservarse algún rastro histórico difícil de precisar. Y que no ha habido «idealización» nos lo demuestra el realismo y la crudeza del relato, que nos presenta los diversos aspectos de esas venerables figuras, lo mismo los halagüenos que los desfavorables, lo mismo las virtudes que las debilidades y los defectos. Es una norma infalible que cuando un historiador describe fielmente una época con sus ideas, sus preocupaciones y todo cuanto forma su atmósfera vital, es porque ha vivido en esa época o ha tenido a su disposición un conjunto de datos que la tradición oral o escrita ha puesto en sus manos, para resucitar un tiempo que fué.